

Filosofía pirata y trabajo editorial

Sandra Hernández Reyes
Sandra Loyola Guízar
Juan Pablo Anaya Arce
Gabriela Méndez Cota (coord.)

LAS LECTURAS DE SILENO



Filosofía pirata y trabajo editorial

SANDRA HERNÁNDEZ REYES

SANDRA LOYOLA GUÍZAR

JUAN PABLO ANAYA ARCE

GABRIELA MÉNDEZ COTA (COORD.)

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA CIUDAD DE MÉXICO
BIBLIOTECA FRANCISCO XAVIER CLAVIGERO

[LC] Z 286.U54 F56.2021

[Dewey] 070.594 F56.2021

Filosofía pirata y trabajo editorial / Sandra Hernández Reyes ... [et. al.]; Gabriela Méndez Cota (coord.) – México: Universidad Iberoamericana Ciudad de México, 2021 – Publicación electrónica. ISBN: 978-607-417-781-7

Serie Las lecturas de Sileno / coordinador editorial José Luis Barrios Lara.

1. Edición académica. 2. Imprentas universitarias. I. Hernández Reyes, Sandra. II. Méndez Cota, Gabriela, 1982- III. Barrios Lara, José Luis. IV. Universidad Iberoamericana Ciudad de México. Departamento de Filosofía.

D.R. © Universidad Iberoamericana, A.C.

Prol. Paseo de la Reforma 880

Col. Lomas de Santa Fe

Ciudad de México

01219

publica@ibero.mx



Versión electrónica: abril 2021

ISBN: 978-607-417-781-7

ÍNDICE

Presentación GABRIELA MÉNDEZ COTA	7
Experiencia del libro y profanación de la mística del autor SANDRA HERNÁNDEZ REYES	17
La práctica editorial en tiempos bibliométricos SANDRA LOYOLA GUÍZAR	43
<i>The More You Live, The More You Burn</i> Reproductibilidad digital, bibliotecas sombra y filosofía pirata JUAN PABLO ANAYA ARCE	71

PRESENTACIÓN

En otras palabras, ¿en qué consistiría actuar
como filósofas y filósofos
piratas en el sentido etimológico del término,
donde el pirata es alguien
que ensaya, que pone a prueba, que fastidia,
molesta y ataca?
Gary Hall

La condición pirata: filosofía y cultura libre

Históricamente, el medio privilegiado de la escritura filosófica ha sido el libro impreso. Aún hoy, cuando el artículo científico en revista electrónica parece haberse erigido en vehículo dominante de la comunicación académica, en las disciplinas humanísticas suele considerarse necesario publicar libros para obtener membresía legítima en una comunidad de investigación, por no hablar de trabajo decente en alguna universidad. Sin embargo, ante la dificultad creciente de publicar libros

con la rapidez, la visibilidad y el tipo de prestigio internacional que actualmente demandan las cada vez más competitivas universidades y los sistemas nacionales de evaluación de la investigación, el quehacer humanístico se ha ido integrando, a marchas forzadas, a un ecosistema global de comunicación académica, donde diversas tradiciones de escritura humanística se han visto condicionadas a adoptar el estilo y la retórica estandarizada de las ciencias naturales y sociales *anglófonas*. Éste es sólo uno de varios aspectos inquietantes de las transformaciones recientes en la comunicación académica; otro es el papel legitimador que han adquirido la indización y la bibliometría a través de bases de datos privadas y otras infraestructuras editoriales con fines de lucro. ¿Por qué y cómo exactamente es que debería la filosofía ocuparse de estas cuestiones?

Hasta 2016 no existía un campo de discusión denominado “filosofía de la publicación académica”, según afirman los veintiún autores de un artículo publicado ese mismo año y con ese mismo título en *Educational Philosophy and Theory*.¹ Se trata de un artículo interesante por varias razones además de su autoría colectiva, que ciertamente no es la más común dentro las disciplinas humanísticas. En primer lugar, se presenta como el

resultado de un experimento convocado por un colectivo editorial independiente de Nueva Zelanda. En segundo lugar, describe el experimento con cierto detalle: éste habría consistido en consensuar el contenido y la secuencia de doce apartados distribuidos para su redacción entre los veintiún colaboradores, y posteriormente editados en respuesta a un proceso de evaluación por pares. La inclusión de los dictámenes al final del artículo enfatiza la legitimidad del experimento e indirectamente la posibilidad que tienen las Humanidades de habitar la estructura del artículo científico: hipótesis experimental-metodología-resultados-discusión. De modo que, más que el contenido propiamente filosófico del artículo, llama la atención su forma de interpelar a “la filosofía”, intentando validar *científicamente* ciertas problematizaciones e indagatorias que, en el propio mundo anglosajón, ya se compartían, de manera más o menos espontánea, en

1. Michael A. Peters, Petar Jandrić, Ruth Irwin, Kirsten Locke, Nesta Devine, Richard Heraud, Andrew Gibbons, Tina Besley, Jayne White, Daniella Forster, Liz Jackson, Elizabeth Grierson, Carl Mika, Georgina Stewart, Marek Tesar, Susanne Brighouse, Sonja Arndt, George Lazaroiu, Ramona Mihaila, Catherine Legg y Leon Benade, “Towards a philosophy of academic publishing”, *Educational Philosophy and Theory*, vol. 48, núm. 14 (2016): 1401-1425. DOI: 10.1080/00131857.2016.1240987

espacios transdisciplinarios o intersecciones de la teoría crítica, los estudios culturales, los estudios de nuevos medios, los estudios de la ciencia y la tecnología, los estudios de la comunicación académica, e incluso los estudios de culturas editoriales o *print culture studies*.² Tales objetos e indagatorias se enlistan metódicamente en la introducción al artículo:

1. Nuevas ecologías del conocimiento y el ecosistema global de la comunicación académica
 2. Las tres eras de la revista académica (comunicación textual, electrónica y audiovisual)
 3. La teoría de la disrupción tecnológica
 4. El texto digital
 5. El ascenso del acceso abierto
 6. ¿Continuidad de la Ilustración? Acceso universal y democracia
 7. Propiedad y derechos
 8. La distribución geográfica del conocimiento en revistas académicas
2. Caroline Davis, *Print Cultures: A Reader in Theory and Practice* (Londres: Red Globe Press, 2019).

9. Revisión por pares: historia y futuro
10. Revistas académicas en acceso abierto: el caso de los cargos por procesamiento de artículos (APCs)
11. ¿Qué miden las métricas? El impacto de la investigación en la sociedad
12. Discusión

¿Cómo exactamente debería abordar la filosofía cuestiones tan... *empíricas*? Es obvio que la respuesta resultaría tan diversa como la propia filosofía, y tan inagotable. Para algunas tradiciones se trataría de interrogar los supuestos filosóficos de la publicación académica respecto al trabajo y el valor, el conocimiento, la naturaleza humana, la política y la moral. De argumentar, por ejemplo, que sólo si asumimos, con Locke, que el trabajo intelectual consiste en transformar los recursos naturales de la mente, resulta un modelo que considera los libros, o bien los artículos, como objetos de propiedad. Tradiciones más contemporáneas buscarían maneras de desplazar tales supuestos, poniendo a prueba otros muy distintos en respuesta a lo que sucede, lo que tiene lugar o acontece a través de la condición informática del saber. Hace ya casi cuatro décadas anticipaba J. F. Lyotard que:

[e]n esta transformación general, la naturaleza del saber no queda intacta. [...] Con la hegemonía de la informática, se impone una cierta lógica, y, por tanto, un conjunto de prescripciones que se refieran a los enunciados aceptados como «de saber». [...] Se puede, por consiguiente, esperar una potente exteriorización del saber con respecto al «sabiente», en cualquier punto en que este se encuentre en el proceso de conocimiento. El antiguo principio de que la adquisición del saber es indisociable de la formación (*Bildung*) del espíritu, e incluso de la persona, cae y caerá todavía más en desuso. Esa relación de los proveedores y los usuarios del conocimiento con el saber tiende y tenderá cada vez más a revestir la forma que los productores y los consumidores de mercancías mantienen con estas últimas, es decir, la forma valor. El saber es y será producido para ser vendido, y es y será consumido para ser valorado en una nueva producción: en los dos casos, para ser cambiado. Deja de ser en sí mismo su propio fin, pierde su «valor de uso».³

Algunas lectoras recordarán que la del propio Lyotard (el *juego*) estuvo por un tiempo en el centro de disputas disciplinarias por lo demás muy poco novedosas: frente a la vieja amenaza del sofista (ahora “el posmoderno”) se

renovaron las pretensiones metafísicas de un saber eterno, científico e irreductible a la mera técnica y a la mera economía. Tales antagonismos disciplinarios quedaron consagrados para el presente informatizado en libros y artículos que, en virtud de su forma más que de su contenido, parecieran confirmar la colusión de la filosofía contemporánea con lo que Lyotard llamaba la condición posmoderna (del saber), donde es ni más ni menos que un filósofo Richard Price, el creador y CEO de Academia.edu:

una empresa que ha hecho de la medición algorítmica su principal forma de relacionarse con sus “usuarios” [...], transformando la cuantificación que odiamos cuando nos la imponen (la comisión nacional de ciencia y tecnología de cada país o de cada universidad) en algo omnipresente, ineludible y atractivo, cuando no deseable.⁴

¿Es mera casualidad que sea un filósofo el que hace caja con el deseo y la subjetividad asociados a la condición intelectual?, ¿es casualidad que, gracias a una activa mistificación de las publicaciones académicas, la universidad

3. J. F. Lyotard, *La condición posmoderna* (Madrid: Cátedra, 2006).

de hoy sea el emplazamiento idóneo para “enarbolar la causa de los oprimidos y subalternos sin preguntarse por el propio lugar en el puesto de producción”?⁵ Para Rodríguez Freire está claro que una interrogación efectiva de la condición intelectual contemporánea implica comprometerse con *una política de la escritura que logre sustraerse al modo de producción académico capitalista*. En afinidad con esta visión, el presente volumen de Las Lecturas de Sileno ofrece a sus lectores una pluralidad de ensayos, tentativas y reflexiones lúdicas en torno a la tarea de pensar –que concebimos más como condición *pirata* que como condición intelectual– en diálogo con un movimiento amplio –transdisciplinario y transnacional– por la cultura libre. De modo más particular, nos interesa aquí evidenciar la posibilidad de situar críticamente los proyectos de investigación filosófica que se desarrollan en el entorno universitario a partir de una reflexión sobre el proceso de producción, circulación y recepción de los saberes académicos contemporáneos. Los ensayos reunidos en este volumen son resultado del proyecto de investigación: Filosofía de la práctica editorial: acceso

4. Raúl Rodríguez Freire, *La condición intelectual. Informe para una academia* (Santiago de Chile: Mimesis, 2019), 13.
5. Rodríguez Freire, *La condición intelectual*, 21

abierto y diversidad en perspectivas críticas (2019-2021), financiado por la Dirección de Investigación y Posgrado de la Universidad Iberoamericana Ciudad de México. Desde sus propios temas de investigación filosófica las autoras y el autor responden a la pregunta de cómo y por qué ocuparse, no sólo en el registro ideal de la teoría sino también en su registro material, que no es otro que la práctica, de cuestiones editoriales en apariencia secundarias, meramente instrumentales o de plano irrelevantes para el quehacer propiamente filosófico. Por su escucha inteligente y su hospitalidad con respecto a esta propuesta agradezco al coordinador de la colección, el doctor José Luis Barrios Lara. A Cesare Gaffurri Oldano por su corrección y cuidado en la edición de este libro y, por su paciencia y eficacia, agradezco a Sandra Loyola Guízar. Por su solidaridad continuada e imprescindible interlocución agradezco a mis apreciados colegas del Departamento de Filosofía.

Gabriela Méndez Cota
Ciudad de México, agosto 2020

EXPERIENCIA DEL LIBRO Y PROFANACIÓN DE LA MÍSTICA DEL AUTOR

SANDRA HERNÁNDEZ REYES

He soñado muchas veces con encontrar el Libro, el Libro absoluto y perfecto, ese que hemos buscado más o menos conscientemente durante toda la vida en todas partes, en todas las librerías y en todas las bibliotecas. Es un libro ilustrado, como los viejos libros para niños de mi colección; y en el sueño lo tengo entre mis manos y lo hojeo cada vez con mayor placer. Así seguimos buscando sin cesar por años, hasta que comprendemos que ese libro no existe en ninguna parte y que el único modo de hallarlo es escribirlo nosotros mismos.

Giorgio Agamben

1

La modernidad capitalista, o la instauración de la idea de un flujo constante y cambiante de los hechos orientado al desarrollo económico, nos había convencido

de que la lógica racional y natural de la historia consistía en avanzar, en una marcha imparabla hacia estadios más avanzados de la industrialización, lo cual se traduciría en una mejora constante en el nivel de vida de las sociedades y los individuos. Privilegiar el progreso en aras de la modernización significaba que la vida debía someterse a una explotación acelerada de la fuerza de trabajo y de la naturaleza para lograr novedades tecnológicas y productos desechables que a su vez generarían nuevas necesidades y mantendrían en movimiento infinito la maquinaria del progreso. Tal sentido de la modernidad no habría sido posible si la totalidad del mundo conocido no se hubiera convertido en la suma de potenciales mercancías. Lo cual hace pensar en lo estratégico del proceder de Karl Marx al colocar, en la primera parte del primer tomo de *El capital*, la discusión sobre las mercancías como centro de gravedad de la reproducción del capital. En efecto, la primera operación del capitalismo es convertir en potencial mercancía todo lo existente, esto es, en algo susceptible de ser inscrito en la lógica de la ganancia.

La conversión del mundo en mercancía puede entenderse como un proceso de fetichización, donde la mercancía deja de ser simple materia y se convierte en un fetiche cuyo valor ya no puede calcularse con base en los costos de producción: se ha convertido en una entidad

autónoma, con atributos místicos y teológicos. De ahí que Walter Benjamin llegara a exponer que el capitalismo funciona como una religión que promueve la culpa y ofrece redención a través de las mercancías transformadas en fetiches.¹ Para lograr la redención no basta con un mundo de potenciales mercancías, sino que resulta necesaria cierta mística del producto para que, una vez manufacturado, multiplique su valor y sea capaz de generar plusvalía. Tal es la mística de la fetichización que tiene como mecanismo el ocultamiento de la fuerza de trabajo que hace posible una mercancía, y tiene como resultado un aparecer de esta última como creación espiritual independiente. Sólo la borradura de la red material de trabajo permite que los productos sean comprendidos o interpretados como si lo único que hubiera detrás de ellos fuera la mente, ya sea la de la corporación, la firma, la marca o el individuo genial.

Partiendo de que, desde sus inicios, el libro ha estado subsumido en la lógica del capital queremos ocuparnos de la problemática de su fetichización. Entre los mecanismos de la fetichización del libro están el ocultamiento y la negación de la mediación editorial que lo hace posible, es

1. Walter Benjamin, “El capitalismo como religión”, en *Angelus Novus* (Granada: Editorial Comares, 2012).

decir, de la creatividad del trabajo en un sentido material y relacional. Creemos que lo que la religión capitalista ha querido mantener oculto para hacer funcionar su mística debe ser *profanado* y expuesto a través de nuevos usos que sí den cuenta de los cuerpos que se mantienen actuantes a través de la materialidad del libro. Para Giorgio Agamben, profanar significa “abrir la posibilidad de una forma especial de negligencia, que ignora la separación o, sobre todo, hace de ella un uso particular”.² La profanación se lograría haciendo un uso completamente incongruente de lo sagrado, por lo que sería indispensable hacer un uso diferente de los libros para arrancarlos de la consagración que los hace fetiches. Sin embargo, a fin de desmontar efectivamente el efecto de la religión capitalista, tal vez sea la privación de una experiencia colectiva de la lectura y la escritura la que deba ser profanada, pues es esa privación la que en el fondo ha consagrado el mundo como objeto de valor de cambio.

2

Aunque el libro mantenga cierta aura de no ser mercancía porque atañe al espíritu humano o al conocimiento

2. Giorgio Agamben, *Profanaciones* (Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2005), 99.

en un sentido ideal, históricamente no escapó a su transformación en fetiche. Fetichizar las relaciones económicas equivale a negar las condiciones de producción que atañen al libro, esto para presentarlo como una entidad autónoma o producto de la voluntad creadora de autores desencarnados. Como resultado, se adjudica al autor una capacidad creadora especial y única, *cuasi* teológica, cuya voluntad creadora queda manifiesta en su obra, y ello a su vez permite que a los autores se les considere como “los titulares trascendentes de una capacidad de actuar o de producir obras”,³ las cuales a su vez se ajustan al formato fijo que conviene a los marcos económico-jurídicos de la propiedad intelectual. No por nada, Benedict Anderson sostuvo la interesante hipótesis de que los libros impresos permitieron la emergencia del capitalismo, al cual denomina *print capitalism*. Sólo cuando el autor es concebido mediante la mistificación del capital, como un sujeto espiritual, cuya voluntad creadora se pone en acto en un libro, es posible pensar el libro como una creación independiente de la cadena de producción material y colectiva que le permite aparecer y circular como si flotara. No podemos ignorar, claro, que el autor de carne y hueso

3. Giorgio Agamben, “Arqueología de la obra de arte”, en *Creación y anarquía* (Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2019), 26.

ha sido mistificado sin por ello dejar de ser también sujeto de explotación. En este sentido, en lugar de referirse al autor de carne y hueso, Michel Foucault hacía referencia a la función autor, haciendo énfasis en el modo de existencia, circulación y funcionamiento de *discursos* en de una sociedad.⁴ La mística religiosa del capital puede hacer olvidar esta función discursiva del autor, lo cual a su vez nos priva de una experiencia activa de lectura, en el sentido de no solamente consumir ideas de otros en forma de libro, sino de contribuir activamente a la red material, compleja y a menudo conflictiva a la que nos integramos cuando leemos y trabajamos con libros. El teórico de medios Gary Hall ha señalado que, junto con otras categorías como la originalidad, el canon, la disciplina, lo humano, la universidad, la biblioteca, la casa editorial, la imagen del autor propietario es parte de un imaginario liberal capitalista que acompaña y garantiza el dominio de una imagen del libro impreso como objeto terminado o fijo. Janneke Adema señala por su parte que dentro del sector económico de las industrias creativas, el concepto de “creatividad” se halla fuertemente arraigado a esa imagen, el cual es el pilar del

4. Michel Foucault, *¿Qué es un autor?* (Córdoba: Cuenco de Plata, 2010).

marco económico-jurídico de la propiedad intelectual. Uniéndose a otras voces críticas de la actualidad, Hall y Adema enfatizan que en el modelo neoliberal la noción de autor postula al individuo como única fuente y origen de la creatividad, asumiendo a los individuos como sujetos autónomos que sólo dependen de sí mismos, por lo que ignoran las relaciones materiales y la dimensión editorial, claramente colectiva, de la emergencia de esos sujetos. Ante esta problemática, ¿qué puede aportar la filosofía?

3

Puede tener razón el filósofo italiano Agamben cuando propone que la forma de retraerse a la religión capitalista es la profanación de lo espiritualizado. Entre las formas de profanación que menciona Agamben están el contacto y el juego, donde “gracias a la sustitución” se abre la posibilidad de un uso nuevo.⁵ En esta perspectiva, la creatividad no significaría la capacidad de producir algo original –si por original entendemos algo único que sale de la cabeza de un sujeto– sino la posibilidad de *jugar* con las posibilidades existentes. Ahí donde las posibilidades

5. Agamben, *Profanaciones*, 101.

son reducidas, la exigencia de juego es mayor. Si, por ejemplo, el trabajo editorial tiene posibilidades limitadas en cuanto al formato del texto, la selección tipográfica, el material para impresión, el color del papel, se enfrenta a una exigencia mayor de realizar juegos creativos. El problema para Agamben es que al menos el juego estaría “en decadencia en todas partes”, es decir, que “el hombre moderno ya no sabe jugar”, lo cual produce una angustiante desesperación. De ahí que, más que esperada, la posibilidad de la profanación deba ser buscada. La búsqueda de una profanación, en tanto búsqueda de otros usos, equivaldría a la búsqueda de posibilidades para pensar modos diferentes de relación que generen nuevas formas de vida. Por tanto, no se trata de volver a ningún origen natural (digamos, cuando el hombre sí sabía jugar), sino de abrir posibilidades para pensar nuevos modos de relación que escapen a la lógica de fetiche y, por lo tanto, que no bloqueen la experiencia ni nieguen la red de relaciones que implica el trabajo editorial y su producción creativa como condición de aparición del libro. Agamben tiene muy presente que el libro es un dispositivo limitado que, sin embargo, posibilita encuentros. No se trata de encuentros físicos ante personas sino encuentros *en* el dispositivo. Se trata de encuentros de *Quodlibet*, de cualquiera que pueda, sin estar ligado a un

grupo particular o tener características que lo distinguan. Estos son los encuentros que le interesan y para los cuales da forma a sus libros. Desde ellos es posible afirmar que ha sido erróneo considerar el papel de la práctica editorial como algo irrelevante o menor en comparación con el papel espiritualizado del autor como portador de la voluntad creadora y original.

4

Al problematizar la ontología clásica aristotélica de la potencia (*dynamis*) y el acto (*energeia*), Agamben nos ayuda a pensar en la fetichización del libro. Esta operación consiste en presentar el libro como acto acabado, como una obra que brota de la voluntad de creación del autor como ente autónomo espiritualizado, negando así la potencia, es decir, las condiciones materiales de la producción editorial. La operación mistificante transforma ideológicamente la ontología del libro que ha sido pensada desde la relación categorial acto-potencia y lo divide en dos momentos perfectamente bien identificados. El primero haría referencia a la génesis en los borradores y esbozos, aquello que puede llegar a ser libro. El segundo sería el acto, ahí donde la posibilidad adquiere forma y materialidad concreta. En estos términos, una vez llegado al acto es que existe el libro y puede ser reconocido en

la cultura. Agamben problematiza esta binariedad con la que es pensado el libro, y propone que entre la potencia y el acto no hay precisamente dos momentos separados de libre transición, sino que hay una tensión que sostiene ambos puntos. De este modo la relación acto-potencia se complejiza porque la potencia no se agota cuando el texto llega a ser libro, perviviendo en la obra (*energeia*) un resto de la potencia (*dinamys*). El libro debería ser comprendido más bien como un híbrido entre el acto y la potencia, entre lo ya realizado y el momento que le ha precedido, pues para Agamben “la potencia no desaparece, sino que se mantiene y danza, por así decirlo, en el acto” y se percibe en y con “la experiencia de la materia”.⁶ Con Agamben, podríamos pensar la práctica editorial como eso que ha quedado oculto pero no ha dejado de actuar, pues ronda como espectro al libro impreso, ronda y baila entre sus páginas, y de ese modo permanece en la materialidad del libro, incluso del libro digital. El trabajo editorial se mantiene vivo en el texto y de hecho es el trabajo que logra materializar el libro. Se trata de un trabajo en red que permite la producción, en el sentido latino de *pro-ducere*, poner o traer ahí adelante.

6. Giorgio Agamben, *El fuego y el relato* (Madrid: Sexto piso, 2014), 77.

5

La filosofía de la práctica editorial se pone en juego en el cómo habrá de ser presentado un pensamiento que aspira a ser más que una filosofía académica, y busque ejercitar una práctica que vincule la vida con el pensamiento en acto. En este sentido, la práctica filosófica de Giorgio Agamben podría estar determinada por prácticas editoriales no convencionales. Todo parece indicar que Agamben evita la organización asfixiante y repetitiva de un libro filosófico que avanza de modo rígido en la demostración lógica de su argumento y sin importar que llegue a estar conformado con cientos de páginas. La mayor parte de sus libros tiene estructuras pequeñas y potentes, cargadas de intensidad, más que largos argumentos lógicos con adscripciones disciplinarias. Sus trabajos editoriales parecen dirigir el pensamiento hacia una suerte de ventanas y no tanto a conclusiones seguras. Un ejemplo de esto es la estructura de *La comunidad que viene* con diecinueve apartados o veinte si incluimos un comentario o estudio final. Una estructura similar la encontramos en *Lo abierto*, donde aparecen veinte apartados muy breves, mientras que *Profanaciones* cuenta con diez. Otras estructuras son las que encontramos en *Signatura rerum*, con tres capítulos, *Karman* con cuatro y *Creación y anarquía*, con cinco.

No es posible decir que en sus publicaciones exista un ordenamiento continuo que podamos rastrear y descifrar, que en aquellos años Agamben trabajó así y luego optó por esto otro, pero sí es verdad que podemos observar la preferencia por la brevedad y lo que podría ser la exploración en terrenos frecuentemente ajenos a la filosofía académica o de temáticas en las que existe poca investigación filosófica. Hay otro tipo de libros que Agamben ha publicado, aquellos que resultan de agrupar temáticamente algunos de sus ensayos o artículos que han sido publicados previamente, como sucede en *Medios sin fin* y *La potencia del pensamiento*. En este último, el único artículo inédito es el que le da título al libro. Este tipo de ediciones serían más cercanas a una suerte de auto-compilaciones pero que coinciden con temáticas presentes y recurrentes durante años en los intereses de Agamben, de ahí que también sean una especie de arqueologías del sí mismo; tal como lo expone en *Autorretrato en el estudio*. Todos estos últimos trabajos comparten con los anteriores la conjunción de artículos cuya característica general es la brevedad. En síntesis, podríamos decir que la práctica editorial en los textos de Agamben no busca presentar libros voluminosos sino breves incursiones en temáticas que quedan abiertas como un poema de final imposible. La filosofía editorial

de Agamben funciona como una invitación al diálogo con el lector desde la construcción ya no de tratados sino de formaciones constelares, que a pesar de tener su propio camino y estructura también se dirigen hacia la creación de aperturas fuera de los libros. Aunque el pensamiento del filósofo italiano no es para nada simple, la invitación es a pensar fuera del texto, a mantenerse en la experiencia del pensamiento en y a través del dispositivo libro que funcione como ventanas que abran nuevas posibilidades del pensamiento, ventanas donde sean abiertas posibilidades a lo mesiánico, en el sentido en que Walter Benjamin lo llegó a plantear.

6

Como lo hace evidente el trabajo de Agamben, la cuestión editorial no se limita a cuestiones externa o secundarias al pensamiento. En Agamben encontramos un juego recurrente de pensamiento que conlleva transformaciones editoriales, incluso en formatos con alternativas muy limitadas, como bien puede observarse en la singularidad del prólogo de *El uso de los cuerpos*. Si lo comparamos con las advertencias o los prefacios que acompañan otros de sus libros, vemos que tiene características editoriales diferentes. En primer lugar, el término prólogo no es usual y en su lugar podemos encontrar

prefacios y advertencias que también son muy breves. En segundo lugar, aunque dejemos de lado que está en letras cursivas en su totalidad, debemos destacar que siendo un prólogo breve –de once páginas en la edición de Adriana Hidalgo–, está compuesto de ocho apartados numerados, algo poco frecuente y de hecho inusual no sólo en la serie *Homo Sacer* en particular sino en la obra agambeniana en general. Esto hace pensar que son indicaciones para ubicar este prólogo como de especial importancia en la serie o que, cuando menos, se trata de un elemento singular en el mismo libro. Además de un prólogo al libro, también podría ser considerado y leído como un estudio introductorio que permite situar la discusión de toda la serie, ubicado justo en el último volumen de ésta. La serie *Homo sacer* es el proyecto más extenso de la obra de Agamben. En lugar de una secuencia cronológica, le fue asignado un orden estructural independiente del año o momento de aparición. Agamben incluso mostró indecisión en cuanto al lugar que ocuparía en la serie el volumen titulado *El reino y la gloria*, al que primero se le asignó el lugar II, 2 y luego de la aparición de *Stasis* le fue reasignado otro sitio, quedando finalmente en el II, 4. La serie alcanzó los nueve libros divididos en tomos y volúmenes (I; II, 1, 2, 3, 4, 5; III; IV, 1, 2), y aunque se trata de libros que desarrollan un tema singular, comparten un

tipo de estructura que los hace editorialmente diferentes a los demás. Los capítulos tienen título, pero carecen de subtítulos en las secciones de cada capítulo, y en lugar de eso cada capítulo tiene sus propias subsecciones numeradas: 1.1, 1.2, 1.3, etcétera. En el caso de *Altísima pobreza* ocurre en cambio que un capítulo tiene secciones y cada una de estas tiene numeración que en cada capítulo siempre comienza desde uno. En los dos libros mencionados Agamben introduce secciones sin numeración que pueden ser una especie de digresiones o profundizaciones en algún punto cuando lo considera necesario, en esos casos suele marcarlos con una aleph. También, puede introducir entre capítulos, además de las aleph o digresiones, una sección sin numeración denominada “Umbral”, como sucede en *El reino y la gloria*, o los “Intermedios” que utiliza en *El uso de los cuerpos* que sí cuentan con numeración continua.

7

Ahora bien, ¿qué tanto profana Agamben la espiritualización de la imagen del filósofo-autor propietario de sus ideas? El filósofo ciertamente ha reflexionado sobre la autoría partiendo de lo que Foucault había señalado acerca del nombre de autor, a saber, que no se refiere al individuo real y exterior que escribe un texto sino

al modo de existencia, de circulación y de funcionamiento de determinados discursos dentro de una sociedad. Agamben parece suscribir esta perspectiva, a su manera, cuando escribe que el autor no es otra cosa que un testigo que da testimonio de su ausencia, alguien que ocupa el puesto de un muerto:

El autor señala el punto en el cual una vida se juega en la obra. Jugada, no expresada; jugada, no concedida. Por esto el autor no puede sino permanecer, en la obra, incumplido y no dicho. Él es lo ilegible que hace posible la lectura, el vacío legendario del cual proceden la escritura y el discurso. El gesto del autor se atestigua en la obra a la cual, acaso, da vida como una presencia incongruente y extraña.⁷

Sin duda la posición compartida por Foucault y Agamben es de alguna manera una contribución a la transformación de la función autor en la actualidad, sobre todo en cuanto a que su función como gesto tiene un carácter eminentemente ético en el sentido de responsabilidad de lo escrito. Pero, por otro lado, la concepción ética del autor

7. Agamben, *Profanaciones*, 85, 90-91.

y sobre todo su función como gesto, parecen reconducirnos a una variación de la espiritualización del autor que lo instala nuevamente como sujeto no presente pero que llega espectralmente como dueño y responsable de su obra. De este modo el gesto parece interpretable como la exposición más acabada de lo que Derrida coloca en el terreno de lo que se hace presente como espectral, cuya “espectralidad reside en el hecho de que un cuerpo no está jamás presente por él mismo, por lo que él es. Aparece desapareciendo o haciendo desaparecer lo que representa: lo uno por lo otro”.⁸ Y es que al menos en el caso de Agamben la posición del autor como la figura central en la producción del libro parece indiscutible pues, según su perspectiva, el libro antes de llegar a ser impreso (acto) fue precedido por la posibilidad de llegar a ser, de las ideas surgidas en la mente de un escritor (potencia). Eso que precede al libro impreso es, para el filósofo italiano, como un “premundo” o “submundo” donde reinan los cuadernos, esbozos, borradores y un sin número de escrituras carentes de un “estatuto legítimo”, hasta ese momento sólo hay un estadio de momento previo a la actividad creativa que no siempre es reconocido, ya que en nuestra cultura el

8. Jacques Derrida, *Fuerza de ley. El fundamento místico de la autoridad* (Madrid: Tecnos, 2008), 106.

valor del libro se remite a la materialización final, cuando el libro se presenta en forma acabada o más bien como mercancía.⁹ Aquí podemos notar que, para Agamben, el trabajo editorial no sería parte de lo que constituye al libro antes de su aparición impresa, pues para él toda la importancia recae en el trabajo del autor y sus apuntes previos.

8

Con Agamben y Foucault lo que se presenta en último término como una posición ética podría en realidad ser el disimulo de una exaltación filosófica del autor como sujeto humano. El teórico de medios Gary Hall ha señalado que, pese a que diversos filósofos, tanto de la teoría crítica como continental, llevan ya numerosas décadas cuestionando el concepto de lo humano, han dejado intacto el modo de investigación y producción de la propia filosofía que, en su mayor parte, está vinculada “a la idea del autor human(ista) indivisible, individual y liberal”.¹⁰ Las ideas, las teorías y los conceptos filosóficos se crean, desarrollan, publican y difunden, es decir, la

9. Agamben, *El fuego y el relato*, 69.

forma de crear, desarrollar y diseminar teoría y conceptos teóricos no ha sufrido transformaciones significativas *en la práctica*, sino todo lo contrario. Hall enfatiza la continuidad del modelo capitalista de producción de teoría en el contexto universitario, tanto en lo relativo a la producción inicial de sus textos que se conciben habitualmente en solitario, encerrados en un estudio o un despacho y que son concebidos para realizar una aportación contundente, de autoridad y magistral al conocimiento. A esto se suma el formato material, que queda fijo en textos papirocentricos, y que no hace sino reforzar su atribución a seres humanos cuya identidad individual pareciera unificada y presente, o al menos lo suficiente para no dudar de la originalidad y propiedad de una obra. En esta perspectiva, profanar la espiritualización de la figura del autor tendría entonces que ir más allá de experimentar con modos no convencionales de organizar el pensamiento en libros; tendría que exhibir la inscripción material de esos libros y sus autores en una red de intercambios concretos de trabajo creativo, pues como escribía Walter Benjamin, “cuanto con

10. Gary Hall, “Pirate Radical Philosophy”, *Radical Philosophy*, s/p. <https://www.radicalphilosophy.com/commentary/pirate-radical-philosophy-2?highlight=Gary%20Hall> (Consulta: 16 de junio de 2020).

mayor exactitud conozca de este modo su puesto en el proceso de producción, menos se le ocurrirá pensar en hacerse pasar por un «espiritual»”.¹¹ En la profanación de esta espiritualización y en el reconocimiento de la cadena de fuerza de trabajo tanto activo como creativo, Benjamin encontraba que las relaciones que antes se jugaban y se mantenían podrían llegar a cambiar, al punto de que, comprendiéndose como trabajadores, las y los autores pudieran experimentar su solidaridad con el proletariado, es decir, con otros productores que antes no significaban mucho para el trabajo intelectual.

9

La propuesta de desplazarnos del libro como objeto, mercancía o bien de consumo, a la idea del libro como experiencia permite asumirnos a nosotros mismos como partícipes de una red de relaciones que para reproducirse requiere de la creación de nuevas escrituras y formas de vida. La relación con el libro sería parte de un juego que no se agota, sino que continúa, ampliando sus posibilidades de crear. Si profanamos la idea espiritualizada del autor y la reemplazamos por la idea de un proceso colectivo

11. Walter Benjamin, *El autor como productor* (México: Ítaca, 2004), 60.

de creación editorial, nos abocamos a comprender que la vitalidad del pensamiento filosófico llama a la creación de nuevas prácticas de escritura que apuesten por la experimentación dentro y más allá de los aspectos conocidos de la dimensión editorial: desde la capitulación, el cuestionamiento a las grandes estructuras lógicas que se reconocen como libro, el modo de argumentar y la deconstrucción de las fronteras disciplinarias, hasta la eliminación de la mayor cantidad de errores, la selección del tipo y color de papel, los diseños interiores y exteriores, ilustraciones y colores de la portada, además de colocar al libro en una u otra colección o serie según sea el caso. Una mirada a este proceso de trabajo grupal o en equipo rompe con la fetichización del libro como comunicación de autor con su público lector y en su lugar puede exponer lo que el libro es en realidad: un trabajo coordinado de producción que no cesa de encontrarse cuando es producido. Además, la etapa de edición en la que llega a intervenir el autor reiteradamente nos hace entender al autor como un elemento dentro del proceso de producción editorial.

¿Qué significaría otorgar reconocimiento y justicia a los múltiples cuerpos que hacen posible la experiencia de la lectura? No es fácil asimilar el modo ni la importancia de hacer algo así en medio de una larga tradición que

nos ha enseñado a pensar en la lógica del libro fetiche, y que en el contexto académico nos demanda operar como individuos auto-suficientes y competitivos. Sin embargo, alrededor del mundo han surgido algunas iniciativas académicas en Humanidades que pugnan por poner en práctica, mediante el trabajo editorial auto-gestivo, la idea del autor no como origen último sino como parte de una red extensa cooperativa que hace posible nuevos usos del libro. *Mattering Press*, una editorial académica autogestiva fundada en 2012 y especializada en estudios sociales y culturales de la ciencia y la tecnología, representa un ejemplo de estas iniciativas, las cuales trabajan con un modelo de producción que se basa en la cooperación y la erudición compartida. Janneke Adema señala que el sustento teórico de esta propuesta descansa en el empleo de dos conceptos feministas interrelacionados: materia y cuidado. El supuesto “materia” se entiende como inherentemente situado y, por lo tanto, permite visibilizar nuevas relaciones y configuraciones del mundo. Sin duda son “feministas” los esfuerzos por pensar y proponer alternativas a la construcción capitalista de autor y del libro, en la medida en que proponen formas de colaboración, creatividad y desarrollo en torno a las iniciativas de acceso abierto en un sentido relacional,

ético y creativo más que meramente distributivo.¹² En este sentido, la política editorial de *Mattering Press* tiene una base en éticas del cuidado, que se interesa por la inclusión y el reconocimiento de todos los agentes involucrados en la producción del libro: no sólo autora y autores sino también revisores, programadores, diseñadores, etcétera. Aquí el énfasis no está en el producto como en el proceso y en las diversas relaciones implicadas en el proceso de producción de conocimiento.¹³

10

Estas líneas se escriben en medio de la pandemia covid-19, cuando las restricciones sociales para la convivencia, el confinamiento y la suspensión de actividades laborales y empresariales han hecho más evidente que

12. Carys J. Craig, Turcotte, J. F., y Coombe, R. J., "What's Feminist About Open Access?: A Relational Approach to Copyright in the Academy", *Feminists@law*, vol. 1, núm. 1 (19 Jul 2011).
13. Janneke Adema, "The Ethics of Emergent Creativity: Can We Move Beyond Writing as Human Enterprise, Commodity and Innovation?", en *Whose Book is it Anyway? A view from elsewhere on publishing, copyright and creativity*, Janis Fefferies y Sarah Kember, coords. (Cambridge: Open Book Publishers, 2019), 73-74.

nunca la importancia de la responsabilidad de las empresas por sus trabajadores y sus condiciones de vida. Pero también han evidenciado que el poder de consumo no se agota en el producto comprado, sino que activa una red de relaciones comerciales, laborales y productivas en general, que el sólo hecho de comprar, nos hace parte de ella. Reconocernos parte de esa red no sólo permite el reconocimiento de elementos actuantes antes invisibilizados sino que además nos llama a la búsqueda de relaciones justas. La profanación de fetiche libro nos lleva pues a ser una parte activa con esa labor editorial productiva y establecer nuevos vínculos con ella haciendo posibles nuevos usos. Pese al innegable predominio de los conceptos y formas más convencionales de creación, composición, publicación y circulación del libro, los cuestionamientos no han dejado de suceder. Ya están en marcha numerosos esfuerzos por pensar al libro y al autor de manera diferente, en algunos casos con el fin de visibilizar y valorar el trabajo editorial que hasta hace poco había quedado invisibilizado. Ellos sugieren dos caminos a futuro. El primero de ellos es estudiar las iniciativas existentes y sumarse al esfuerzo de iniciar y sostener proyectos donde las lógicas de explotación, ocultación e inequidad sean reemplazadas por prácticas

de cuidado y atención. El segundo camino es que quienes hacemos filosofía hagamos una reflexión mucho más amplia, decidida e informada sobre el modo en que nos hemos relacionado con la práctica editorial, y en que nuestras prácticas de lectura y escritura nos hacen cómplices de la fetichización de las relaciones sociales.

LA PRÁCTICA EDITORIAL EN TIEMPOS BIBLIOMÉTRICOS

SANDRA LOYOLA GUÍZAR

Entonces sólo tengo un consejo
que darle, Appleby.
¡Publique! ¡Publique o muérase!
Así es como funciona el mundo académico en
nuestros días.
David Lodge

Editing is the culmination of choices
it shouldn't be the fixing of problems
(Kurg Enghfer, editor de *Bowling for
Columbine* y *Fahrenheit 9/11*)

Entre un libro y quien lo lee hay demasiados obstáculos; no terminaría de enumerarlos. Una vez superados algunos de ellos, lograda la adquisición del libro y la disposición para su lectura, comienza la distracción. El mundo circundante está lleno de estímulos que parecen niños pidiendo a gritos desesperados nuestra atención: el aire que seca los ojos, la postura que cansa, un pendiente que poco

a poco acapara la mente, el timbre que suena; el celular que vibra, la calle que murmura, el cansancio de la mano y el músculo del ojo con el cual recorreremos las líneas a toda prisa. El oficio editorial consiste primeramente en recordar esta experiencia casi imposible que es leer.

Leer es una de las actividades más ambiciosas para el cerebro: supone un intenso trabajo cognitivo que, entre otras muchas consecuencias, aumenta el flujo sanguíneo de diferentes áreas del cuerpo. Quien edita se acerca al texto como los cirujanos al cuerpo. No hay nada que pueda hacer para garantizar una experiencia plena de lectura y, sin embargo, el oficio consiste en encargarse de que, una vez presentes la atención y la disposición a leer caracteres impresos en papel o iluminados en una pantalla, la experiencia suceda con comodidad, con calidad. Para ello se cuidan el tamaño de la letra y la longitud de las líneas: para que su horizontalidad no haga girar a la cabeza y el ojo no se agote. Se vigila el espacio entre letras (*traking*) y entre palabras (*kerning*), y se revisa que la caja tipográfica permita descansar los dedos que tomarán el libro, sin cubrir el cuerpo de texto. Para que el ojo del lector no vaya una y otra vez sobre la misma línea se examina la claridad de las jerarquías tipográficas en los títulos y subtítulos, y se eliminan palabras o caracteres que se repiten simétricamente en dos renglones seguidos. La precisión debe

ser quirúrgica, aunque no conviene ser perfeccionista u obsesivo, pues aunque se piense lo contrario, la práctica está irremediabilmente minada de fiascos.

Editar es un oficio que consiste fundamentalmente en cometer errores, al tiempo que se cuidan los errores de los demás. Los editores recibimos textos y el proceso editorial convierte esa escritura, más o menos dispersa o desastrosa, en artículos de investigación, libros o revistas: en mercancías u objetos culturales. De manera que el oficio editorial consiste en administrar, de un modo creativo, la asumida mediocridad de toda escritura. Puesto que la errata está asegurada, se deben administrar imperfecciones en un proceso donde se involucra todo un equipo que produce las publicaciones, pero que debe pasar desapercibido. En efecto, se piensa que el anonimato del trabajo editorial es proporcional al resultado final: mientras más ausente se perciba el equipo detrás de cada texto, mejor se supone que es su desempeño. Y, sin embargo, sólo desde este lugar invisible se comprende que ningún escritor o escritora es en sus cuadernos lo que vende en los estantes.

Editar atiende a la pregunta por el sentido mismo de la escritura, que fundamentalmente tiene que ver con la lectura. El proceso editorial media de muchas maneras la relación entre los productores y los consumidores de escritura.

En este sentido el editor también es el primer lector: un lector prismático que se coloca en el lugar de quien comprará el libro, de quien lo financia, de quien lo distribuye, de la institución o casa editora. El editor piensa todo el tiempo en la pregunta: ¿Quién va a leer este libro?, ¿a quién le podría interesar este contenido? Entonces se traza una estrategia editorial; para que si algún día el libro se cruza con un lector, su ojo, su cerebro, su torrente sanguíneo, su mano y su mente no se agoten más rápido de lo necesario. Elige un papel cuyo gramaje no lo vuelva demasiado pesado, pero cuya porosidad tampoco absorba las tintas; elige un formato que permita su transportación, que permanezca abierto y facilite leer mientras se carga, pero que no afecte el material gráfico si es que se exhiben, imágenes, mapas o infografías cuidadosamente diseñados, asentados y con suficiente resolución. Pero también cuida la concordancia entre el discurso y el material gráfico, el orden de los pies de imagen, la coherencia entre el tipo de contenido, el costo, el diseño, la forma de distribución, los mecanismos de financiamiento, el registro de derechos de autor y el público objetivo a quien se dirige.

Etimológicamente, “editar” tiene que ver con hacer pública alguna cosa, con separar de lo interior, hacer salir, sacar a la luz pública; lo contrario a editar es lo inédito, que es lo que no tiene público todavía, que está en algún

interior, sin luz, todavía oculto. Editar tiene que ver con el público, con compartir, con dar y configurar o ubicar espacios públicos. El quehacer consiste en volver público algo que no lo era y saber que una vez que la escritura conviva con otras, entonces podrá o tendrá que ser leída y establecer diálogos con otras escrituras. Planear estas interconexiones, comunicaciones y especialidades es parte del oficio. La práctica editorial es como dirigir una orquesta que gestiona los intereses de los distintos actores que participan en la producción de una publicación, es decir: la casa editora, el autor o autora, el financiador, los diseñadores, los correctores, los distribuidores. Implica trabajo de coordinación de un equipo profesional que sigue un proceso de producción editorial para que el formato llamado libro presente la calidad de un texto legible; es decir, para posibilitar la comprensión de una composición con el mínimo de cansancio. Hoy, la dimensión filosófica del trabajo editorial tendría que ver con pensar el diálogo de todas las escrituras publicadas en espacios virtuales, en espacios físicos e incluso en los espacios de la escritura que se vuelve código, para poder cuestionarnos qué es lo que sucede, y cuál es el sentido de escribir, leer y publicar.

Un subtítulo más que se pregunta por el futuro del libro

Preguntarse por el futuro del libro es casi un lugar común que por lo general no llega a ningún lado y suele ofrecer reflexiones bastante aburridas. El fin del libro se comenzó a pronosticar desde el surgimiento del primer aparato capaz de grabar y reproducir sonido, el fonógrafo. En 1894 el periodista y bibliófilo Octave Uzanne anunciaba que el libro sería sustituido por cilindros que reproducirían de forma auditiva las obras en los oídos de los nuevos “lectores”. Éstos acabarían por cansarse del esfuerzo que supone leer y se acomodarían a lo que concibió como protoaudiolibros, los cuales ofrecerían una experiencia automatizada e instantánea. Más interesante, sin embargo, es el reclamo de Uzanne por el excesivo universo de libros editados, manifestación de una enorme mediocridad desde su punto de vista. Si la existencia del libro se encontraba en crisis, en buena medida era culpa de los autores y los editores, por sobreexplotar un objeto y publicar libros que no tenían calidad ni recepción suficiente en el mercado o en la cultura.

Es necesario que los libros desaparezcan o que nos engullan; he calculado que en el mundo aparecen de ochenta mil a cien mil obras al año, que, con tiradas de mil

ejemplares de media, suman más de cien millones de ejemplares, de los cuales la mayor parte no contienen más que las mayores extravagancias y las quimeras más absurdas, y no difunden más que prejuicios y errores. Como bien dijo el Hamlet de nuestro gran William: “Words! Words! Words!”, palabras... que pasan y que ya no leeremos más.¹

Más de cien años después, ¿nos estarán engullendo los libros en sus formas actuales de presentación digital? En 2010, Google publicó una cifra: 129.864.880 libros existentes. Si sumamos los 2.2 millones de libros que se publican aproximadamente cada año (según la Unesco) son 149.664.880 libros hasta 2019 y contando. De todos ellos, ¿cuántos salieron de las bodegas y tuvieron cierta recepción que justifique su existencia? Suponiendo que hubiera demasiados libros, ¿no tendría que ser parte del oficio editorial también un cuestionamiento de la pertinencia y el sentido de hacer público, de compartir o sacar a la luz tantos contenidos?

En 2008, durante la Feria del Libro de Frankfurt, se especuló que 2018 sería el año en que el *ebook* vencería

1. Octave Uzanne, *El fin de los libros* (Ciudad: Editorial, 1894), 44.

al soporte físico.² Esta afirmación se hizo según una encuesta a cientos de *publishers* que pensaban en el negocio, en formas de producción y de distribución, pero no eran editores de oficio, es decir, no necesariamente conocían la complejidad y la importancia del diseño, el cuidado y la estrategia editorial. Quien edita sabe que una cosa es cómo se hacen y se presentan los textos, es decir, la experiencia de la lectura, y otra cómo se distribuyen: su reproducibilidad para el consumo. En el siglo XV Gutenberg ya había revolucionado la forma de reproducción de los textos. Sin embargo, la estructura continuó siendo la del códex medieval, compuesto de hojas plegadas, cosidas y encuadernadas. En su momento, el códex fue una tecnología que transformó la forma de los rollos griegos y romanos, pero no la idea de reproducirlos a través de las copias manuscritas. Hoy en día, aunque se ha vuelto un recurso cada vez más común dentro de los *gadgets*, y aunque resuelve facilidades de distribución y venta, el *ebook* no ofrece, por sí solo, mayor novedad (o calidad) al texto. Si bien es

2. Guillermo Altares, “El libro digital ganará al papel en 10 años”, *El País*, 14 de octubre, 2018. https://elpais.com/diario/2008/10/15/cultura/1224021601_850215.html

cierto que la tecnología está cambiando el soporte físico de la experiencia de lectura y las vías de distribución de los textos, lo interesante es que las pantallas digitales proponen o imponen nuevas formas de lectura y lo que se transforma es, sobre todo, la unidad que ofrecía el libro como proyecto completo e indisoluble. Los nuevos soportes electrónicos han fragmentando la experiencia en relación con el objeto-libro, puesto que los contenidos de textos publicados en papel tienen otras formas de presentación, publicación y consumo. La misma idea del texto se desdobra hoy en impreso, audio, luz, código, etcétera y se multiplica exponencialmente eso que llamábamos libro.

La angustia por el fin del libro y el problema de reducir el número de publicaciones, se relacionan ambos con la angustia existencial respecto a la posibilidad de seguir ejerciendo el oficio editorial. Las transformaciones antes descritas en el objeto-libro, y en la experiencia de escritura y lectura, han tenido consecuencias particulares en contextos académicos, donde el quehacer editorial debe plantear, asumir y afrontar, entre otros problemas, el de los almacenes de libros. En México, como en otros países, las universidades tienen el objetivo de producir conocimiento y para ello se invierte dinero público y privado. La salida de esta producción se materializa de

distintas formas, pero son a menudo las revistas y los libros impresos los que quedan estancados en almacenes, donde puede llegar a haber millones de ejemplares, ¡millones! La bodega del Fondo de Cultura Económica tenía 8 millones de libros guardados a inicios del 2019,³ y la de la UNAM una cantidad similar. Estos almacenes parecen un caso patológico: heterotopías que contienen el final del proyecto ilustrado, es decir, el deseo de los enciclopedistas que buscaban la transmisión democrática del conocimiento como un bien necesario y útil para el progreso de la humanidad en la modernidad. En realidad, la mayor parte del conocimiento se queda estancado en los almacenes debido a complicaciones al momento de la distribución y a la dificultad de que el lector interesado llegue al título producido.

En las últimas décadas, las revistas electrónicas y los *ebooks* proporcionan una alternativa a la problemática situación existencial de mantener gigantescas bodegas llenas de libros sin lectores. Lejos de terminarse, el oficio

3. Paco Ignacio Taibo II, "Taibo II corrige: 8 millones de libros en bodegas del FCE", *El Universal*, 31 de enero, 2019. <https://www.eluniversal.com.mx/cultura/letras/taibo-ii-corrige-8-millones-de-libros-en-bodegas-del-fce> Fecha de consulta: 12 de abril de 2020.

editorial y su objeto libro se van complejizando porque hay que pensar actualmente que el lector meta no sólo es aquel consumidor interesado en el contenido, sino también los lectores de las máquinas de los soportes digitales. En el medio digital no parece haber bodegas llenas de libros retractilados, pero sigue siendo difícil percibir si una publicación electrónica está siendo adecuadamente distribuida. En general, es difícil contar con la certeza de que los productos editoriales (impresos y electrónicos) realmente son consumidos, porque el registro de venta o la descarga de un libro o de un artículo no significan que sea leído tal como el autor y el editor lo planearon, es decir, como parte de una visión de alimentar el diálogo entre escrituras. Por esto mismo, el oficio editorial no se acaba: ahora hay que ejercer el oficio de la edición también para los robots en formatos nuevos y cambiantes, de tal manera que la calidad, corrección, distribución y el cuidado de los textos requieren cada vez más coordinación y de equipos editoriales especializados.

Del libro al artículo científico: *Publish or perish*

La producción científica se ha disparado en los últimos treinta años. Se estima que existen más de 30 mil revistas científicas que publican al año cerca de dos millones

y medio de artículos científicos.⁴ Estos artículos son una mercancía con cada vez mayor importancia en la evaluación de la investigación científica, de manera que los cambios tecnológicos no necesariamente han modificado directamente los saberes en sí, pero sí han cambiado las prácticas sociales de la investigación científica; es decir, el “sujeto de los saberes” ha sufrido las consecuencias. Ahora los autores no sólo deben preocuparse por publicar, sino también por ser citados en una red de datos; y los textos serán editados no sólo para humanos sino también para robots que rastrean metadatos. Las estadísticas son fácilmente rastreables. Sin embargo, no hay datos sobre la calidad, sólo de cantidad, circulación y producción de artículos citables de ciencia. Esta lógica nació de los *journals* de medicina, que luego otras ciencias, como las nucleares, replicaron. Por ello, en el contexto universitario, los procesos y quehaceres editoriales se han abocado cada vez más al manejo de *softwares* específicos, formatos electrónicos, vías de distribución digital, administración de licencias y de derechos de reproducción, entre muchas

4. Manuel Souto Salom, “La ciencia necesita tiempo para pensar: el movimiento que quiere acabar con la cultura de ‘publicar o morir’”, *The conversation* consultado el 5 de mayo de 2019. <https://bit.ly/2REz4HH>

otras tareas específicas. En particular, ha surgido la tarea de recopilación de citas directas de los textos académicos en otros textos académicos, es decir, el “rastreo bibliométrico” como mecanismo idóneo para corroborar que algún texto o revista fue adquirido, leído y pensado, al grado que deriva en un texto nuevo. Así es como se mide hoy en día el “impacto” del conocimiento producido en las universidades, y en este contexto los editores y editoras académicos deben proporcionar servicios que faciliten a investigadores e investigadoras revisar, cuidar, curar, difundir e interconectar su trabajo, para construir un proyecto de comunicación del pensamiento crítico, que genere redes, ejercicio de análisis, formación y tecnología para el proceso de publicación científica.

Pienso, sin embargo, que el oficio editorial debería ir más allá de facilitar, a un nivel técnico y operativo, la experiencia de lectura y la investigación. Quizá valga la pena pensarlo de otro modo: como un oficio filosófico que contribuye directamente al desarrollo de una actitud crítica ante las lógicas y mecanismos que hacen de la publicación académica una forma de centralización o privatización del conocimiento. ¿Qué significa que hoy en día, el valor del conocimiento y de quien lo produce se mida bibliométricamente, por la cantidad de veces que ha sido citado? El modelo neoliberal ha hecho que

la producción científica, en cualquier disciplina, se mida cuantitativamente, y esto sucede tal vez para incluir a los investigadores, concebidos como “productores de conocimiento”, en modelos que generen o circulen ganancias económicas. En este sentido, si se mira de cerca, la producción científica no se diferencia de las lógicas de una fábrica por ejemplo. En la euforia por conseguir citas, que en realidad se genera bajo presión de publicar más y más para tener mayor posibilidad de “crear tráfico”, deberíamos preguntarnos si no es que se está produciendo demasiada información y poco conocimiento nuevo. Desde el oficio editorial es importante plantear la pregunta de si esta época de reproductibilidad digital del saber, es cuando menos conocimiento se ha producido en la historia; precisamente por la urgencia de publicar “resultados” y la necesidad de hacerlos circular.

En los cursos de capacitación para el trabajo editorial en el ámbito académico se enseña a utilizar un software llamado *Publish or Perish*.⁵ ¡Me asusté! Supuse que el

5. Software gratuito que recupera las citas de fuentes de datos diversos (incluidos Google Scholar y Microsoft Academic) y calcula los indicadores más habituales como son el índice-H, el número total de trabajos publicados, etcétera.

nombre del software era el síntoma de una enfermedad que aún no conocía. Y en efecto, el noble oficio editorial que describimos al inicio de este texto ha entrado en nuevas lógicas enfermizas que destruyen el sentido mismo de *hacer público* el saber de calidad con calidad. Los softwares como *Publish or Perish* ayudan a los editores a rechazar autores sin necesidad de siquiera abrir sus textos. Con este programa podemos rastrear el nombre del productor y rechazarlo inmediatamente si no tiene un “factor H” aceptable. “Así no perderán tiempo en leer”, dicen los que imparten los cursos sobre edición académica. Pero yo pensé que yo quería ser editora porque me gusta leer; si me gustaran los softwares y las métricas me dedicaría a otra cosa. El problema es que leer toma demasiado tiempo y los dictaminadores de las revisiones por pares también tendrían que leer, “estas herramientas ayudan a reducir esos tiempos y acelerar el proceso de edición” dijeron; pero el oficio filosófico consiste en leernos entre nosotros, pensé.

Desde el trabajo editorial cotidiano debería estarse cuestionando con más fuerza la lógica de “generar tráfico”, pues ese cuestionamiento es necesario para configurar otras formas de valorizar el saber más allá de abstracciones como el famoso Factor H. Si pensamos en la disciplina filosófica, autores como Platón y Aristóteles

tendrían que tener altos “factores de impacto” en cualquier búsqueda bibliométrica, pero hoy una revista académica de filosofía puede condicionar una publicación porque el autor o autora no está citando fuentes que generen suficiente tráfico, y en este sentido solicitar que se hagan “ligeros cambios” como incluir referencias que no se tenían contempladas al escribir el texto. Para dar un ejemplo, copio aquí el resultado de un arbitraje doble ciego de una revista interdisciplinaria de filosofía y psicología cuyo nombre mantendré en anonimato:

La revista recomienda a sus autores que al menos 50% de las referencias bibliográficas provengan de artículos en revistas WoS o Scopus. En el análisis bibliométrico de su artículo hemos constatado que sólo 15% de sus referencias provienen de revistas WoS o Scopus.

Para cumplir con este requisito el escritor o escritora, necesitaría una clave de acceso a las bases de datos que contienen revistas de WoS o Scopus; claves que su institución de adscripción previamente debió pagar. ¿Cuánto cuestan las membresías a las universidades para tener acceso a bibliotecas, catálogos y recursos electrónicos internacionales? No pude obtener el dato exacto, así que pregunté a varias bibliotecas universitarias para

dar a menudo con la siguiente respuesta: “no te podemos dar esa información, sólo te digo que hay niveles en las membresías, y pagamos millones”. Estos millones, en el caso de las universidades públicas, provienen de los impuestos; en el caso de las privadas, de las costosas colegiaturas. El ejemplo hace evidente cómo es que muchas revistas académicas trabajan gratuitamente para Web of Science (WoS), tal vez sin darse cuenta de ello, y lo hacen para lograr algún día ser incluidas en esta biblioteca y así ser una revista indexada internacionalmente en un cuartil alto. Las grandes editoriales académicas muchas veces actúan como intermediarias que alimentan esta maquinaria, es decir, suelen estar pensadas como negocio. Es el caso de Clarivate Analytics, que cotiza en la bolsa de valores. Su modelo de negocio consiste en obligar a las universidades públicas y privadas de todo el mundo a comprar sus costosas membresías para acceder a libros, revistas y artículos “rankeados”, es decir, medidos y valorizados por parámetros que ellos mismos establecieron.

Hay demasiados libros en las bodegas y demasiados artículos en los servidores. Toda esta prisa por publicar y por editar bajo parámetros que ni siquiera entendemos para qué existen o en qué nos benefician como escritoras y como editores perjudican directamente a la producción y valorización del saber. Las revistas académicas han

abandonado el oficio editorial orientado a la creación de comunidades científicas para abrazar un oficio editorial subordinado a imperativos de lucro. El problema de esto es dejar de entender para quién trabajas como editora, o aún más para qué eres editora. Recuperar el sentido de este trabajo es un reto filosófico. El trabajo editorial como oficio filosófico no debería continuar ejecutándose sin más, sino quizá detenerse a *pensar* en lo que ocurre, descifrando y cuestionando los intereses, los obstáculos y las posibilidades del contexto digital.

El banquete del conocimiento: un increíble negocio

Desarrollar ideas requiere el intercambio con otras ideas de la misma época y del pasado. Las revistas científicas se editan bajo este principio y buscan crear comunidades internacionales. Estos ideales se topan con una pared cuando existen bases de datos y bibliotecas que se apropian del conocimiento y lo restringen a pagos y formas específicas de accesibilidad (como membresías institucionales). Un ejemplo es la publicación periódica *Philosophical Transactions of the Royal Society*, la primera y más antigua revista científica del mundo: su aparición se dio en marzo de 1665 y fue editada por Henry Oldenburg. La revista sigue publicándose mensualmente, pero los primeros números están digitalizados y JSTOR almacena

los últimos 350 años de la revista. El acceso a los *ebooks* y artículos de la base de datos académica JSTOR pueden llegar a costar cientos de miles de dólares a las instituciones universitarias. El archivo de esta revista contiene artículos de autores como Charles Darwin, Michael Faraday, William Herschel; Isaac Newton cuenta con diecisiete artículos en la revista, incluido su “New Theory about Light and Colors” de 1672. Intenté descargarlo y cuesta 30 dólares o puedo leerlo en línea a través de Deepdyve⁶ por 49 dólares al mes.

Una simple visita al sitio de la Royal Society permite descubrir que para ver la dedicatoria del primer número de la revista (de 5 párrafos) es necesario pagar US \$8, aunque la mayoría de los *papers* cuestan US \$19, dinero que seguramente compensa muy satisfactoriamente el esfuerzo de la digitalización, sobre todo teniendo en cuenta que el grueso del trabajo se hace un sola vez y luego sólo queda facturar. Un poco de matemática simple indica que con que se descargue una vez cada *paper* a un promedio de US \$15, se obtendrían US\$ 278.880. Además está decir que

6. Uno de los servicios de alquiler en línea más grande para la investigación académica.

la ganancia queda limpia ya que los derechos de autor caducaron hace siglos. En cualquier caso es muy probable que rápidamente se cubra la inversión y luego sea toda rentabilidad neta. JSTOR es una empresa sin fines de lucro y la Royal Society asegura que entre sus misiones está “incrementar el acceso a la mejor ciencia internacionalmente”. ¿Entonces por qué una vez cubiertos los costos de la digitalización no liberar esa información que es parte de la historia cultural mundial?⁷

Esta revista es un patrimonio cultural de la humanidad, pero está privatizada y lucran con ella. Éste es un caso paradigmático, pero es en general lo que sucede con las revistas almacenadas en bases de datos como Elsevier, JSTOR, Deepdyve, etcétera. De manera que, aunque no resulte creíble, el conocimiento producido en las academias puede ser un negocio editorial millonario; esto es difícil de apreciar con claridad a primera vista. No debemos suponer, con tanta ingenuidad, que la migración de las revistas impresas a electrónicas sucedió únicamente por un deseo de democratización del conocimiento. Los trabajos

7. Esteban Magnani, “La reforma digital”, consultado el 12 de febrero de 2013, <https://pillku.org/la-reforma-digital/>

de investigación académica y otros materiales similares se han enfrentado, en las últimas décadas, a un profundo cambio en el mundo digital, en el cual la información se centraliza, se cierra y se cobra. No por nada desde 2002 surgió la Iniciativa de Budapest para el acceso abierto, la cual busca la apertura de los resultados científicos. Este movimiento parte de pensar que el conocimiento es un bien público y no una mercancía. En este sentido, se hizo un llamado, hace ya dieciocho años, para que la producción científica fuera gratuita y sin barreras para especialistas, académicos, maestros, estudiantes y público en general. Estaba dirigida a publicaciones periódicas científicas, las cuales difunden la parte final de los procesos de investigación. Esto fue consecuencia de los altos costos de las revistas científicas y las dificultades producidas por sus formas de distribución, aunado a las posibilidades que representaban las plataformas digitales, el internet y las revistas electrónicas que comenzaban a publicarse a principios del siglo XXI.

Diez años después, en el 2012, sucedió un movimiento llamado La Primavera Académica, en la que más de 12.000 académicos firmaron una petición pública en protesta por las prácticas comerciales de la editorial Elsevier, que reportó 725 millones de euros en ganancias anuales sólo en sus revistas.⁸ La petición explicaba el

malestar de los científicos en torno a los abusos de los distribuidores editoriales que cobran precios exorbitantes en las suscripciones y apoyan leyes que restringen el libre intercambio del conocimiento. El objetivo de este tipo de movimientos es recuperar el control pleno sobre los medios y los modos de producción, circulación, comunicación y certificación de los contenidos que los académicos y científicos producen. Por ello, en ese mismo año Aaron Swartz hizo el *Manifiesto por la guerrilla del acceso abierto*, cuyo objetivo principal era señalar los problemas del sistema de publicación académica. Swartz presentó un llamado a la publicación en acceso libre de los artículos científicos.

La información es poder. Pero como todo poder, hay quienes lo quieren mantener para sí mismos. La herencia científica y cultural del mundo completa, publicada

8. “The Academic Spring of the same year [2012], in which over 12.000 academics signed a public petition protesting the business practices of the publisher Elsevier, reported to make 725 million euros in annual profits on its journals alone”. Véase Gary Hall, *Pirate Philosophy For a Digital Posthumanities* (Cambridge y Londres: The MIT Press, 2016), 1-2.

durante siglos en libros y *journals*, está siendo digitalizada y apresada en forma creciente por un manojito de corporaciones privadas. ¿Querés leer los *papers* que presentan los más famosos resultados de las ciencias? Vas a tener que mandarle un montón de plata a editoriales como Reed Elsevier. [...] Ese es un precio muy alto por el que pagar. ¿Forzar a los académicos a pagar dinero para poder leer el trabajo de sus colegas? ¿Escanear bibliotecas enteras para sólo permitir leerlas a la gente de Google? ¿Proveer artículos científicos a aquellos en las universidades de élite del Primer Mundo, pero no a los niños del Sur Global? Es indignante e inaceptable. [...] A ustedes, con acceso a estos recursos —estudiantes, bibliotecarios, científicos— se les ha otorgado un privilegio. Ustedes pueden alimentarse en este banquete del conocimiento mientras el resto del mundo queda fuera. Pero no es necesario —de hecho, moralmente, no es posible— que se queden este privilegio para ustedes. Tienen el deber de compartirlo con el mundo. Y lo han hecho: intercambiando contraseñas con colegas, haciendo solicitudes de descarga para amigos [...] Pero todas estas acciones suceden en la oscuridad, escondidas en la clandestinidad. Se les llama robo o piratería, como si compartir la riqueza del conocimiento fuera el equivalente moral de saquear un barco y asesinar a su tripulación. Pero compartir no es inmoral —es un

imperativo moral. Sólo aquellos que están cegados por la codicia se negarían a hacerle una copia a un amigo.⁹

En 2011 Swartz hizo una descarga masiva de archivos de JSTOR utilizando los servidores de la biblioteca electrónica del MIT: su plan era recolocarlos en acceso abierto usando un programa llamado keepgrabbing.py. La fiscalía acusó a Swartz de haber “robado millones de dólares en propiedad”, le impuso una multa de un millón de dólares y se le amenazó con 35 años de cárcel. Antes de que su caso llegara a juicio, con 26 años de edad, Swartz se suicidó en 2013.¹⁰ Su muerte hace pensar en lo que está en juego en los intereses y las ganancias de las bases de datos académicas. Desafortunadamente, el acceso abierto ha resultado atractivo para las editoriales académicas porque es una potente vía para distribuir su contenido, alcanzar un público más amplio y lograr un impacto medible; sin embargo, representó un problema para las editoriales comerciales, las

9. Aaron Swartz, “Manifiesto por la guerrilla del acceso abierto”, consultado el 19 de noviembre de 2012. https://endefensadelsl.org/guerrilla_del_acceso_abierto.html
10. Brian Knappenberger, “The Internet’s Own Boy. The Story of Aaron Swartz”, grabado en 2014, película, 1:44:59, <https://www.youtube.com/watch?v=9vz06QO3UkQ>

cuales han buscado formas de adherirse al acceso abierto sin perder ganancias. La solución fue solventar las publicaciones a través del cobro a los autores y no a los lectores; así, los costos son absorbidos por quienes desean publicar, llegando a ser muy elevados; a esto se le llama *Article Processing Charges* (APC). Refiero aquí un ejemplo del precio por publicar en *The British Journal for the Philosophy of Science*:

The open access charges applicable are:

Regular charge - £2000/ \$3560 / €3060

Reduced rate developing country charge* - £1000 / \$1780 / €1530

*Visit our Developing Countries page for a list of qualifying countries

Please note that these charges are in addition to any colour/page charges that may apply.

https://academic.oup.com/bjps/pages/General_Instructions

Cuartil 1

Impact Factor 2.053¹¹

11. The British Journal for the Philosophy of Science, “Instructions for Authors”, consultado el 14 de abril de 2020. https://academic.oup.com/bjps/pages/General_Instructions

Aunque la revista ofrece una tarifa reducida para los países en desarrollo, el precio es alto. De manera que lo que se volvió igualitario es que ahora todos tenemos “acceso a pagar”, aunque los costos sean inalcanzables (en relación a los sueldos en la academia latinoamericana, por ejemplo). El entorno del saber se aleja del paraíso propuesto por el acceso abierto cuando se mezcla con las lógicas neoliberales que cooptan fácilmente los movimientos hacia todo lo dirigido al público y el bien común. Esto lo apunto porque la digitalización del contenido científico, abierto o no, y la reutilización de resultados se han convertido en una fiebre, por la posibilidad de cuantificar el número de veces que alguien ha sido citado; esto inaugura las formas de medición de la producción científica y el factor de impacto, tanto de las editoriales académicas como de los investigadores. En una metáfora, este movimiento de encapsular el contenido en internet genera fraccionamientos cerrados y guetos digitales; se privatiza el conocimiento y los flujos de desarrollo y producción científica se encauzan de nuevo hacia los países que, por un lado, han elaborado las herramientas de evaluación de las publicaciones científicas, y por el otro, cuyas economías y presupuestos pueden pagar a sus investigadores para que financien sus publicaciones en revistas de cuartiles 1 y 2.

Las humanidades en general, y la filosofía en particular, deben cuestionar estas buenas intenciones que en apariencia resuelven muchos problemas de publicación y distribución del conocimiento en el mundo académico y científico. La práctica editorial, como mencionamos al inicio coordina los intereses de los actores involucrados en la producción de una publicación, hoy en día, los actores son también las bases de datos, los índices, los catálogos, las bibliotecas digitales y las editoriales que distribuyen artículos, capítulos y libros; estableciendo estándares específicos que tratamos de alcanzar a toda costa sin preguntarnos si es lo más conveniente para el contenido que estamos editando o si es la forma correcta de llegar al lector meta de la publicación que se esté trabajando. Hoy propiciar una experiencia adecuada de lectura no es solamente cuidar el diseño, la tipografía y el tipo de papel, sino propiciar que el lector interesado pueda acceder al contenido sin necesidad de formar parte de una universidad que pague costosas membresías.

THE MORE YOU LIVE, THE MORE YOU BURN **REPRODUCTIBILIDAD DIGITAL, BIBLIOTECAS SOMBRA Y FILOSOFÍA PIRATA**

JUAN PABLO ANAYA ARCE

Algunos de los llamados “piratas” de internet
están en una situación
similar al legislador de Rousseau. Ellos
mismos pueden estar
involucrados en inventar de manera
performativa, poner a prueba
y examinar las nuevas leyes e instituciones
por las que sus
actividades podrán ser juzgadas y justificadas
(...). Este es un estado de
cosas que al mismo tiempo en que marca su
imposibilidad
también constituye su poder fundacional, su
fuerza instituyente.

Gary Hall

Según Gilles Deleuze, las revoluciones son posibles gracias a un desequilibrio entre los desarrollos técnicos que genera una sociedad, y las leyes y reglas que la conforman. Mientras que las leyes buscan aplicarse a cualquier objeto o situación, el desarrollo técnico nos enfrenta a objetos y situaciones no previstas. Ante la emergencia de lo nuevo, las leyes establecidas buscan juzgar y sancionar situaciones para las que no fueron creadas. Por el contrario, la actitud revolucionaria consistiría, según Deleuze, en situarse en la “distancia que separa el progreso técnico de la totalidad de lo social” para fabular allí “un sueño de revolución permanente”.¹ La práctica cultural contemporánea de digitalizar y compartir textos en internet a través de las llamadas *shadow libraries*, o bibliotecas sombra, puede inscribirse dentro del argumento filosófico de Deleuze. A los repositorios de descarga libre se les llama comúnmente bibliotecas sombra en parte porque suelen encontrarse en lugares ocultos, es decir, a la sombra de la ley de derechos de autor de la era digital. Según Agustina Andreoletti, “estar en las sombras implica modos específicos de invisibilidad que permiten que sucedan ciertas

1. Gilles Deleuze, *Lógica del sentido* (Barcelona: Paidós, 1989), 69.

cosas que no serían posibles a plena luz”.² Son precisamente los grados de invisibilidad de bibliotecas como Epub libre, eBiblioteca, Monoskop, LibGen, Anarquist Library, Aaaaarg y Memory of the World los que les han permitido compilar amplias colecciones de textos, convocar a lectores de todo tipo y sostener una actitud revolucionaria que caracterizaré en este ensayo como filosofía pirata.

library.nu, Xavier Skapunk y la reproductibilidad digital

Comencé a frecuentar las bibliotecas situadas en las sombras de internet en el 2012, cuando entré al doctorado. Vivía con mi ex-pareja, Polilla. Ambos hacíamos trabajos *freelance*. El depósito mensual de la beca de la universidad era clave para pagar las cuentas. El dinero solía no alcanzar para ir a la librería o hacer un pedido a Amazon, así que pronto registré entre mis sitios favoritos la biblioteca

2. Agustina Andreoletti, “Shadow Publishing: Opacity, Reproduction, Circulation and Legitimation of Knowledges” (Tesis de posgrado, Academy of Media Arts Cologne, 2019), 2. (Nota del editor: Todas las traducciones de los textos en inglés que se citan a continuación son hechas por el autor. Nota del autor: Gracias a Hacklib por compartirme esta referencia)

sombra *library.nu*. Gracias a que sus usuarios habían generado una colección que era bastante superior a la de cualquier biblioteca física que conociera, ahí encontré los textos de Gilles Deleuze, el filósofo central en mi investigación, y varios comentarios sobre su obra. *library.nu* fue cerrada de manera repentina en febrero del 2012, debido a la demanda impuesta en su contra por Cambridge University Press, Harper Collins, Wiley-Blackwell y Reed Elsevier, entre otras, las cuales reclamaron en una corte en Munich la disponibilidad en la página de más de 400 mil libros con licencias de *copyright* vigentes. La vastedad de su colección –libros de literatura, teoría y manuales científicos, entre otras cosas–, la manera en que estaba abierta a cualquier internauta y la sensación de pérdida tras su caída propició que varios de sus usuarios compararan lo sucedido con la quema de la Biblioteca de Alejandría. La comparación es interesante porque nos invita también a ver las diferencias.

“Hay bibliotecas que existen en las sombras que proyectan las bibliotecas monumentales”, afirma Lawrence Liang. La de Alejandría era un símbolo de poder: tenía una función monumental y por ello su colección fue procurada mediante la compra de manuscritos llevada a cabo por los reyes ptolemaicos. La colección de *library.nu*, por el contrario, fue hecha gracias al escaneo de

libros impresos, tomados de alguna biblioteca física, por parte de sus lectores. Según Diodorus Siculus, alrededor del año 222 a. C., se construyó en Alejandría una segunda biblioteca que tenía copias de los manuscritos de la principal. Fue la biblioteca del Serapeo –conocida así en alusión al templo del dios Serapio que estaba cerca– la que permitió que sobrevivieran reproducciones tanto de los papiros que sufrieron el incendio (en el año 48 a. C.) como de aquellos que padecieron la destrucción final de la gran biblioteca (entre el año 270 y el 275 d. C.).³ Al estar compuesta de copias, dice Liang, *library.nu* resulta ser en realidad pariente de la biblioteca del Serapeo. La colección de *library.nu*, sin embargo, fue hecha gracias al escaneo de libros impresos, tomados de alguna biblioteca física, por parte de sus lectores, y por tanto no requirió –como la biblioteca de Alejandría– de otra biblioteca que resguardara su colección. Su resiliencia estuvo basada en sus usuarios, quienes estaban invitados a descargar una copia de su acervo. Después del cierre de *library.nu*, el repositorio abierto LibGen pudo recuperar rápidamente lo perdido y hacerlo disponible de nuevo.

3. Lawrence Liang, “Shadow Libraries”, *e-flux*, núm. 37 (septiembre de 2012). <https://www.e-flux.com/journal/37/61228/shadow-libraries/>

Incluso, antes que Deleuze, fue la música pirata la que me llevó a interesarme por las bibliotecas sombra. Todo pasó entre el año 2003 y el 2007. Ir al mercado de la Lagunilla, o al pasillo de entrada en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, era una actividad frecuente. Los discos compactos que de adolescente no me alcanzaba para comprar en las tiendas, y muchos otros que nunca pensé escuchar, de repente estaban disponibles. Todo John Coltrane, Siouxsie and the Banshees, El Tri, Zappa, Édith Piaf, o casi o lo que fuera, en formato mp3, a sólo 30 o 40 pesos. Por aquellos días buena parte de nuestro tiempo de ocio se iba en “quemar”. Comprábamos caguamas, le dábamos *play* a alguna novedad, y nos poníamos a copiar amplias colecciones de música que prometían llenar el porvenir de hallazgos. Los mp3 tenían el nombre de algún compilador o casa productora clandestina, y un pequeño logo. Mención especial merece Xavier Skapunk, quien puso en mis manos las colecciones más deseadas. Su trabajo consistía quizá en cazar novedades en plataformas de descarga libre como Napster, eMule, o Audiogalaxy. Lo que hizo posible estas colecciones, sin embargo, fueron ciertos hábitos propios del comienzo de la era de internet. La posibilidad de compartir archivos hizo que la lectura y la escucha terminaran por entremezclarse con el escaneo, la digitalización y la quema.

Para alguien que en la adolescencia solía visitar el tianguis del Chopo para intercambiar discos, la música digitalizada era otro mundo. Douglas y el DJ Droga vivían juntos y tenían un acervo de quizá cuatro mil discos, tanto originales como piratas. En las búsquedas en los puestos del tianguis y en las sesiones de quema, por primera vez tuve la sensación de infinito que Borges le asigna a una biblioteca. Tras los días en que nos juntábamos a quemar descubrí los torrents y llegaron las descargas en Megaupload y Pirate Bay. Copié algo de aquel material a mi computadora. Persiste en mi disco duro un archivo con una colección de aproximadamente 5200 libros y películas, así como otro con 28 días enteros de canciones. Hoy utilizo la plataforma de Spotify para escuchar música. Acabo de copiar, sin embargo, algunos de esos antiguos archivos a una usb y de conectarla a un viejo reproductor. Mientras escribo, *A Flock Of Seagulls* suena a buen volumen: *the more you live, the more you love, or so they say*.

La reproductibilidad digital conllevó la fragmentación de bloques de información, como canciones o textos, en unidades discretas de código binario que permiten ser copiadas de parte en parte. Es un fenómeno un tanto parecido al que produjo la escritura alfabética. En un chat la frase *the-more-you-live*, por ejemplo, se escribe palabra

por palabra hasta generar una idea. De manera similar a la codificación en ceros y unos que realiza el código binario, el flujo sonoro de una lengua se encuentra codificado mediante el sistema de las 24 letras que componen al alfabeto más algunos espacios: *t, h, e, -, m, o, r, e, -, y, o, u, -, l, o, v, e*. Por supuesto, la discretización propia de lo digital, o el paso de una señal con variaciones de grado, a una con únicamente dos valores, cero y uno, supone un grado de análisis y síntesis mucho mayor. Sin embargo, siguiendo con la comparación, tanto el proceso de transmisión de un archivo *peer to peer*, como el de un mensaje que se envía en un chat, puede interrumpirse y retomarse después. Hasta que complete su sentido, *or so they say*.

Fueron tanto la reproductibilidad digital como el sistema para compartir archivos *peer to peer* los que propiciaron las dimensiones de la colección de *library.nu*.⁴ Dado el potencial que tiene de generar formas de archivar y distribuir información de manera –parcial o completamente– descentralizada, el sistema *peer to peer* es el mejor complemento de la reproductibilidad digital. En este sistema todo usuario es un nodo que realiza dos

4. Balázs Bodó, “Library Genesis in Numbers: Mapping the Underground Flow of Knowledge”, en *Shadow Libraries. Access To Knowledge in Global Higher Education*, Joe Karaganis, ed. (Cambridge: The MIT Press, 2018), 54.

tareas: pone a disposición de todos los otros enlazados en la red los archivos de su propia computadora (música, libros, películas, software); y al mismo tiempo tiene acceso y puede replicar los archivos disponibles en el resto de los nodos. Cada computadora es un repositorio descentralizado para una parte de la información disponible en el conjunto. Compartir la codificación misma de la información genera una mayor resiliencia, pues un solo archivo está resguardado en distintas computadoras, y permite una transmisibilidad en la que múltiples emisores pueden colaborar al mismo tiempo para producir una réplica. Así, se lleva hasta sus últimas consecuencias la reproductibilidad que hace posible el soporte digital. Como si la frase *the more you live, the more you love* fuera escrita no por uno sino por múltiples copistas, cada uno de ellos aportando una letra distinta en el orden codificado, acelerando exponencialmente el proceso de réplica.

Revolución digital versus actitud revolucionaria

Hablar de la “revolución digital” es hoy un lugar común. No obstante, la digitalización por sí misma no es revolucionaria. Esta cualidad aparece únicamente cuando, desde una cierta distancia respecto al marco jurídico imperante, se exploran las potencialidades y efectos de la digitalización. En el relato “La biblioteca de Babel”, Borges se refiere

brevemente a un libro infinito; algo así distribuyen hoy la reproductibilidad digital y las bibliotecas sombra. Gracias a las tecnologías *peer to peer*, en cuestión de segundos o minutos, un libro se desdobra en otro y en otro, siendo el último casi idéntico al primero. Es cierto que la materialidad misma de los archivos digitales, en el proceso de ser copiados, llega a presentar errores o a producir archivos *glitcheados*. Lo que me interesa de la comparación con un libro infinito, sin embargo, es la manera en que las tecnologías digitales, como señala Alberto López Cuenca, ponen en entredicho el principio de escasez y la supuesta exclusividad que habría caracterizado a las mercancías culturales.⁵ Podríamos decir, haciendo eco de Walter Benjamin, que una transformación cuantitativa ligada a la reproductibilidad digital generó una transformación cualitativa. Al placer de poseer el libro/mercancía se le adjunta hoy el prestigio vinculado a digitalizarlo, archivarlo en línea y compartirlo de manera libre. En este sentido, el libro digitalmente reproducible parecería realizar los ideales de reproductibilidad con los que soñaba la imprenta.

Un documento clave para entender la actitud revolucionaria de las bibliotecas sombra es el *Manifiesto de la*

5. Alberto López Cuenca, *Los comunes digitales: Nuevas ecologías del trabajo artístico* (Ciudad de México: Centro de Cultura Digital/ Malaletra, 2016), 5.

guerrilla por el acceso abierto, publicado en 2008 por Aaron Swartz. Este documento constituye una respuesta a la concentración de las publicaciones científicas en unas pocas editoriales transnacionales. En particular, constituye una respuesta al proyecto *Google Books*, el cual pretendía generar un monopolio a partir de escanear y vender el acceso en línea a las colecciones de libros de las bibliotecas más importantes del mundo. En contra de esas prácticas monopólicas, la guerrilla propuesta por Swartz buscaba impulsar la vertiente crítica del movimiento por el acceso abierto, cuyo objetivo es “que los científicos no cedan sus derechos de autor, sino que se aseguren que su trabajo sea publicado en internet, bajo términos que permitan el acceso a cualquiera”.⁶ Lo que Swartz propone en el manifiesto, a quienes por trabajar en universidades tienen acceso a bases de datos, es que compartan sus contraseñas a quienes

6. Aron Swartz, “Manifiesto de la guerrilla por el acceso abierto”, en *Lo que hacemos: software libre y acceso abierto*: <https://loquehacemos.perrotuerto.blog/> Fecha de consulta 20 de marzo de 2020.

Swartz desarrolló junto Lawrence Lessig las licencias *Creative Commons* que buscan dar opciones a los autores para publicar su trabajo con cláusulas distintas a las del *copyright* que permitan, por ejemplo, reproducir y compartir lo publicado.

no tienen ese acceso, y a que generen infraestructuras para “liberar la información encerrada por las editoriales”. Swartz se suicidó el 11 de enero del 2013 en medio de una demanda jurídica en su contra por haber descargado, de manera no autorizada, la base de datos de JSTOR, desde una cuenta que le fue proporcionada en un encuentro en el MIT. Sin embargo, su llamado a la “guerrilla por el acceso abierto” continúa alimentando una actitud revolucionaria dentro y fuera del ámbito académico.

El método propuesto por Swartz, de compartir el acceso y liberar la información, hace posible hoy en día el funcionamiento de una plataforma como Sci-Hub. Según lo programó Aleksandra Elbakyan, cuando un usuario descarga un artículo de Sci-Hub mediante una contraseña ajena, “simultáneamente se sube otra copia a LibGen, asegurando que a la siguiente búsqueda del mismo documento se encuentre” ya libre.⁷ En 2015, Reed Elsevier demandó ahora a Sci-Hub y LibGen por una pérdida de millones de dólares a causa de la publicación, en estos sitios, de libros y artículos que violaban los derechos de

7. Joe Karaganis, “Access From Above, Access From Below”, en *Shadow Libraries: Access to Knowledge in Global Higher Education* (Boston: The MIT Press, 2018), 2.

copia adquiridos por la empresa. En respuesta a esta demanda, creadores de bibliotecas sombra, así como algunos artistas, abogados y académicos publicaron una carta titulada “En solidaridad con LibGen y Sci Hub”, donde afirman:

Tenemos los medios y los métodos para hacer que el conocimiento sea accesible para todos, sin ninguna barrera económica para poder acceder a él y a un costo mucho menor para la sociedad. Pero el monopolio de las publicaciones académicas distribuidas en acceso cerrado, sus ganancias espectaculares y su rol central en la asignación de prestigio académico triunfa sobre el interés público.⁸

Para Deleuze, siempre surgen periodos en los que el Estado como organismo tiene problemas con los cuerpos que

8. Dušan Barok, Bodó Balázs, Josephine Berry, Sean Dockray, Kenneth Goldsmith, Anthony Iles, Lawrence Liang, Sebastian Lütgert, Pauline van Mourik Broekman, Marcell Mars, spideralex, Tomislav Medak, Dubravka Sekulić, Femke Snelting y otros, “In Solidarity with Library Genesis and Sci-Hub”: <http://custodians.online>. Traducción: “En solidaridad con Library Genesis y Sci Hub”, en *Lo que hacemos: software libre y acceso abierto*: <https://loquehacemos.perrotuerto.blog/>. Fecha de consulta 27 de marzo de 2020.

lo constituyen. Al mismo tiempo que reclaman privilegios, estos cuerpos “se ven forzados a abrirse a pesar suyo a algo que los desborda, un corto instante revolucionario, un impulso experimentador”.⁹ La práctica de digitalizar y compartir fue un acontecimiento que irrumpió tanto en los imaginarios sociales vinculados al libro como en las prácticas jurídicas que lo regulan. A distancia del marco jurídico vigente, la guerrilla por el acceso abierto coloca en primer plano las potencialidades de la reproducibilidad digital y abre distintas preguntas sobre la práctica editorial existente y aquélla por venir, sobre las leyes de *copyright* y sobre la noción misma de propiedad consagrada por la mayoría de los sistemas jurídicos. Lo interesante entonces es la manera en que estos cuerpos se abrieron a un impulso de compartir que, gracias al resguardo que les proveían la astucia técnica y jurídica de las bibliotecas sombra, desbordaba precisamente los límites impuestos por los estados nación y sus leyes en torno a la propiedad. Sci-Hub y LibGen aún existen cinco años después de la demanda de Elsevier a través de dominios espejo. Las bibliotecas sombra coinciden con *Google Books* en querer hacer el conocimiento accesible para todos. Pero

9. Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Mil mesetas* (Valencia: Pre-textos, 2010), 373.

mientras Google se sueña a sí misma como una biblioteca monumental lista para vender tanto el acceso como los datos de todo aquel que publique, descargue, lea, subraye y comparta; la guerrilla de Swartz y las bibliotecas sombra quieren volver la privatización del conocimiento algo del pasado. A diferencia de lo que pretendía *Google Books*, buscan volver al conocimiento un bien accesible en plataformas abiertas. Más aún, las bibliotecas sombra se asumen parte de una práctica colectiva fragmentaria, comprometida con el acceso abierto y la construcción de bienes comunes que no pertenezcan a nadie, *or so they say*.

Ni reforma ni revolución: Filosofía Pirata

En su libro *Filosofía Pirata*, Gary Hall propone adoptar una perspectiva ética para pensar las prácticas de piratería, ya sean las de Xavier Skapunk o las del acceso abierto radical en el ámbito académico. Hall nos recuerda que no hay nada inherentemente radical, emancipatorio o progresista en el discurso del acceso abierto, como no lo hay en la historia económica, cultural y política de la piratería.¹⁰ La piratería puede ser también, y de hecho ha sido, el motor de los negocios capitalistas.¹¹ En México, ciertamente, no resulta difícil imaginar el dinero del narcotráfico invirtiendo su capital en hacer copias de las

antologías de Xavier Skapunk para salir a venderlas al mercado. Lo que busca la filosofía pirata, sin embargo, es diferenciarse de una aproximación moralizante a las prácticas contemporáneas de la piratería, es decir, de la pretensión de saber de antemano qué es y qué no es piratería, y en este sentido resulta esclarecedor pensar la distinción entre ética y moral que nos propone Hall a través de una distinción que ya había formulado Gilles Deleuze a partir del pensamiento de Spinoza y de Nietzsche. “La ley moral”, escribe Deleuze, “es un deber, no tiene otro efecto ni finalidad que la obediencia (...) Para moralizar, basta con no comprender (...) la ley moral o social no nos aporta conocimiento alguno, no nos hace conocer nada”.¹² A diferencia de la moral, que se pregunta qué *debo* hacer, según Deleuze, la perspectiva ética aborda la pregunta qué *puedo* hacer. Una perspectiva ética, en

10. Gary Hall, *Pirate Philosophy. For a Digital Posthumanities* (Cambridge: The MIT Press, 2016), 134.
11. En este sentido, Adrian Johns ha mostrado cómo la ideología libertaria de las radios piratas en Inglaterra fue recuperada y esbozada, en la era neoliberal de Margaret Thatcher, para oponerse a los medios del estado como la BBC y así fomentar supuestamente la libre competencia. Véase: Adrian Johns, “Piracy as a Business Force”, *Culture Machine*, vol. 10 (2009).

cambio, evita que juzguemos las prácticas de piratería desde “valores trascendentes” anclados en la dicotomía Bien-Mal. Una perspectiva ética rehúye ver lo legal y lo ilegal como instancias fundadas en la dicotomía mencionada, y evita que veamos a la piratería de manera *a priori* como una práctica contracultural válida *per se*. Pero sobre todo, al desneutralizar el reclamo de obediencia propio de la moral, nos permite experimentar, y es a ello a lo que nos invitará la filosofía pirata que esbozaremos al final del ensayo, sin prejuizar acerca de su validez o sentido.

Si lo que opera en la sociedad es el desequilibrio entre el desarrollo técnico y las leyes y normas, la pregunta por el deber ser aparece siempre desfasada. Es propia de aquellos que han interiorizado la ley moral y parece hacerle eco a dos tendencias que Deleuze define en contraste con la actitud revolucionaria, la cual se vincula a una problemática ética y micropolítica. Por un lado, el reformismo del tecnócrata, según Deleuze, es complementario de la actitud moral. Lo que hace es definir, de manera unívoca, el sentido de las adquisiciones técnicas y proclamar

12. Gilles Deleuze, “Sobre la diferencia entre la ética y una moral”, en *Spinoza: filosofía práctica* (Barcelona: Tusquets, 1984), 35.

una revolución digital dándole, sin embargo, un marco legal en función a las normas y leyes ya existentes. La actitud totalitaria buscaría por otro lado hacer que una dinámica social o herramienta novedosa sea tratada de tal manera que no tenga ninguna consecuencia material ni que promueva ningún cambio en nuestra manera de categorizar y concebir las relaciones sociales. He aquí la complementariedad que existe entre la tendencia reformista y la tendencia totalitaria: si el dictador llega a temer que una nueva práctica vinculada a la tecnología remueva la dinámica social establecida, el tecnócrata le permite incorporarla a un esquema económico o de sanciones legales que simplemente la refuerce. A distancia de estas dos tendencias y con talante deleuziano, más que reivindicar los reclamos morales de ciertas prácticas de piratería y acceso abierto, Hall propone que aprendamos a ensayar con ellas una cierta “filosofía pirata”, lo cual implica en primer lugar deconstruir las expectativas revolucionarias a las que puede dar lugar la retórica guerrillera del “acceso abierto”.

Paradójicamente al día de hoy, el acceso abierto se ha vuelto cada vez más la norma, puesto que las dinámicas económicas y jurídicas que hoy en día operan en el internet son distintas a aquellas vigentes cuando se formaron las primeras bibliotecas sombra. Poco después de la crisis del

2008, el internet comenzó a dejar de ser un lugar basado en el desarrollo colaborativo de herramientas de código abierto, y se fue tornando, cada vez más, un espacio de monopolios y plataformas cerradas que generan plusvalía a partir de la minería de dato.¹³ Balázs Bodó afirma que las editoriales académicas parecen haber encontrado una manera de extraer plusvalía sin hacer a un lado buena parte de las potencialidades de la reproductibilidad digital:

[...] los modelos de negocios originales basados en el copyright están siendo reemplazados [...]. Si los editores están contentos de soltar el control del acceso a sus materiales y su derecho de copia, significa que encontraron algo mucho más rentable [...] Y esto más rentable son por supuesto los datos [...] [SSRN, Mendeley, Academia.edu, ScienceDirect –son empresas recientemente compradas por la industria editorial académica–] [que] operan alrededor del contenido de acceso abierto y lo apoyan; mientras, generan datos sobre la creación, distribución y uso del conocimiento; sobre los individuos, los investigadores,

13. Véase: Memory of the World, “Guerrilla Open Access: Terms of Struggle”, en *Guerrilla Open Access*, editado por Memory of the World (Coventry: Post Office Press, Rope Press y Memory of the World, 2018).

los estudiantes, y la facultad; sobre la institución, los departamentos y los programas. Producen datos acerca del rendimiento, el éxito o el fracaso de todo el ámbito de la investigación y la educación. Esos son los nuevos datos que están siendo privatizados, enclaustrados, empacados y vendidos de vuelta a nosotros.¹⁴

Quizá el caso más palpable de lo anterior es el de Academia.edu, la cual permite el libre acceso mientras centraliza los datos y bombardea a los académicos y a las facultades con correos notificando las veces en que su nombre al parecer fue citado y les ofrece distintos paquetes para que accedan al análisis preciso del impacto de sus publicaciones. El acceso abierto hace posible una medición algorítmica de la cantidad de visualizaciones, descargas y referencias que produce un texto en comparación con otros. Es como si las universidades del mundo y los centros de posgrado fueran fábricas bajo un mismo capataz. Como sucede en las fábricas, se evalúa a los trabajadores comparando índices de productividad, forzando a los que producen menos a acercarse a la media o a ser

14. Bodó Balázs, "Own Nothing", en *Guerrilla Open Access*, editado por Memory of the World (Coventry: Post Office Press, Rope Press y Memory of the World, 2018), 23.

reemplazados. El que los propios trabajadores académicos puedan acordar los criterios, condiciones de producción y el manejo de los datos, parece no tener cabida. Academia.edu, o cualquiera de estas plataformas que centralizan la información, es algo así como un capataz trasnacional comprometido a ciegas con la productividad, que le vende sus observaciones a las universidades y a los padrones nacionales de evaluación.

¿Podemos afirmar entonces que la actitud revolucionaria del movimiento por el acceso abierto ha sido completamente asimilada por el capitalismo de plataformas o sigue siendo vigente el reclamo de las llamadas guerrillas por el acceso abierto?, ¿siguen enseñándonos algo las bibliotecas sombra acerca de la indeterminación que producen los nuevos desarrollos tecnológicos? Para abordar esta cuestión cabe recordar la distinción de Deleuze entre la actitud revolucionaria, por un lado, y la actitud del dictador y la del tecnócrata, por el otro. En sus demandas contra las bibliotecas sombra, los consorcios editoriales ignoran la problemática de la falta de acceso de amplia parte de la población, y con ello parecen buscar una totalización de lo significativo que haga caso omiso de lo que sucede y de las posibilidades de cambio. En este sentido, la actitud del sistema editorial resulta dictatorial. Ahora bien, la manera en que Academia.edu ha logrado

capitalizar el acceso abierto, reforzando la figura de un autor que participa en una dinámica de competitividad productivista, puede explicarse claramente en términos de un reformismo tecnócrata que finalmente ha descubierto cómo capitalizar las potencialidades de la reproductibilidad digital para que opere al interior de una dinámica capitalista. La industria editorial, como afirma Baláz Bodó, ha logrado capitalizar el acceso abierto para extraer una nueva forma de plusvalía mediante la minería de datos. El dictador finalmente se ha aliado con el tecnócrata para capturar e incorporar el acceso abierto a un nuevo esquema económico que, sin embargo, refuerza viejas categorías que el internet parecía poner en entredicho, entre ellas la del autor exitoso que triunfa en un ecosistema de individuos que compiten entre sí para ver quién es el más productivo, el más citado o ambas.

Para Gary Hall, sin embargo, lo más interesante de las guerrillas por el acceso abierto y de las bibliotecas sombra no se encuentra en su denuncia de falta de acceso a causa de los monopolios en el mercado académico. Más bien, se encuentra en el hecho de que, al momento de su aparición, no quedaba claro que fueran legítimas o ilegítimas las luchas por el acceso abierto. Es decir, en los términos de Deleuze, la relevancia de estas guerrillas tendría más que ver

con la pregunta ética que se plantearon, al situarse en la distancia de quien experimenta con las potencialidades y los efectos de la reproductibilidad digital. Esta experimentación nos remitiría al sentido etimológico del término “pirata”: el sustantivo *peirates* derivó del verbo *peiráo* que significa, en griego, “me aventuro”.¹⁵ En este sentido filosófico la piratería sería la condición de posibilidad de cualquier acontecimiento con relevancia social y existencial. Desde la distancia revolucionaria que proponía Deleuze, la filosofía pirata buscaría no la revolución digital sino una microrevolución permanente que consistiría en experimentar un entorno tecnológico y en observar de nuevo qué oportunidades se abren o dónde es urgente –como en el caso de los datos– intervenir para volver a constituir bienes comunes o públicos. Esta ética de la experimentación permitiría una cierta agencia ante la dinámica de captura que he buscado definir en este ensayo.

Habría que asumir, primero, que siempre estamos lidiando con un desequilibrio, similar al que definía Deleuze, entre lo que el lenguaje nos permite pensar y las nuevas eventualidades generadas por el desarrollo

15. Joan Corominas, entrada de la voz “Pirata”, en *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana* (Madrid: Gredos, 1987), 460.

técnico. Este desequilibrio supone una desorientación que fuerza a cualquier aproximación, desde una perspectiva pirata como la que definimos, a aventurarse pero también a avanzar a tientas. Una práctica pirata se aventuraría en aguas desconocidas, como intentar construir una biblioteca de acceso abierto, a sabiendas de que lo importante no es el resultado inmediato sino la oportunidad de probar para ir adquiriendo una experiencia que permita atacar, provocar y generar con más precisión problemas interesantes. ¿Cómo sería una biblioteca sombra que practicara una filosofía pirata, desde las condiciones técnicas y jurídicas de nuestro presente? Resulta necesario imaginar otras estrategias –*the more you live, the more you burn*–, tanto para la producción de conocimiento como para los datos que la analizan, que permitan tratar a ambos como bienes comunes gestionados por aquellos que los producen.

